

LOS INFELICES 70

trastornos fisiológicos. La manipulación de la información y, lo que es más importante, las técnicas de trivialización y desustanciación de esa información, en medio de la bálumba tumultuosa de un flujo de noticias que, por su plétora, se neutraliza a sí mismo, da como resultado el sueño tranquilo de las conciencias y el dulce olvido de las cosas atroces (el subrayado es del autor). Un pacífico y honesto ciudadano se va tan feliz a la cama después de haber visto en su televisor arder vivos a los niños de An Loc, mientras que el próximo encuentro internacional de fútbol desplazará de su mente cualquier otra preocupación, instalando en ella una expectación gozosa y atendida. La realidad es que, por la sollicitación de los bienes materiales y el influjo de la atmósfera artificial de la frivolidad, extensas masas de trabajadores y pequeños burgueses, la clase media en general, se desinteresan de la «cosa pública», se despolitizan, se sumergen en la balsámica y adormecedora falsa conciencia, dejando el campo libre para la acción providente del Estado, el buen gobierno, el desarrollo económico y social, la elevación del nivel de vida, la gran prosperidad para todos, frutos de bendición del «Estado eficaz, fecundo y tal». Se habla de «libertades concretas», como si la libertad fuera un producto mercantil que se pueda pesar y medir, y se repudian con sarcasmo «las libertades abstractas»; es el gran argumento de los tecnócratas, los nuevos manipuladores y celosos servidores del neocapitalismo, mandarines que encuentran naturalísimo negarle y recortarle al hombre su hombría, sus posibilidades de ser más hombre, a cambio de las bisuterías y juguetes del bazar del consumismo.

Epílogo en Canillas

Canillas es un barrio de Madrid, en la periferia ambigua y más bien sórdida de la gran ciudad, en esa zona donde las chavolas alternan con los bloques-colmena de nueva planta y el aire, por supuesto, trae vaharadas fétidas de cloacas a flor de tierra. En Canillas viven ahora y conviven heterogéneamente varios estratos sociales (algunos, de muy diversa índole), pero, en general, caracterizados por sus rentas salariales de medianas para abajo. Si sociológicamente es una mezcla de empleados modestos y obreros más o menos cualificados, urbanísticamente tiende al caos y a la confusión. Estas grandes concentraciones monolíticas de viviendas son verdaderas necrópolis de vivos (como en el poema de Dámaso Alonso), sin otra vida comunitaria ni convivencia humana y humanizante que la forzada coexistencia

física impuesta por el aislamiento y la distancia.

Al pie de Canillas ondulan al viento las espigas de los últimos campos de trigo, restos de un pasado campesino en torno a Madrid, devorado por los bloques de viviendas, nuevas calles, carreteras y vías de ferrocarril, depósitos de combustibles y otras instalaciones industriales. Las tierras de labor lamen los muros de los mamotretos de cemento; como no hay parque ni espacio de esparcimiento, los vecinos, en las tediosas tardes del domingo, pasean por entre los sembrados, a orillas de hediondos arroyos de aguas fecales, junto a los que acampan esos españoles extraños y asociales, de piel de bronce, que son los gitanos, en sus aduanas proliferantes de nubes de arrapiezos sucios, pero llenos de vitalidad por no se sabe bien qué especial don natural, como no sea el del principio de la supervivencia por adaptación. Las vías peraltadas del ferrocarril de enlace forman aquí una frontera que cierra el paso y el horizonte. Del otro lado están Barajas y Torrejón, otro mundo de límites y escapes a un tiempo. Allá al fondo se ve desde las vías el horizonte de Guadalajara, alzando sobre la depresión del valle del Henares. De Barajas salen continuamente grandes aviones, que van dejando detrás una estela de humo negro; se les ve elevarse y desaparecer rápidamente. Más allá, en Torrejón, entre instalaciones y señales aéreas, se sospecha todo lo que está debajo: los potentes artefactos termonucleares, ocultos bajo inocentes capas de verdor, ese raro verdor de Castilla que denota la presencia del agua escasa. A nuestras espaldas, el mar abigarrado y encrespado de las edificaciones de Madrid.

Límites. Fronteras que no son fronteras para la lenta pero tenaz invasión de un urbanismo desatado, monstruoso. Fronteras que no son fronteras de una demografía incontenida e incontenible, magma de carne infantil, que fluye incasablemente por calles, plazuelas, explanadas, campillos, bares, cines, locales de juegos donde se vende el entretenimiento al estilo norteamericano. Niños, miles de niños de todas las edades, surgiendo arrolladoramente a la vida, amontonándose, apretándose, entrenándose para la dura, difícil, acaso siniestra convivencia del año 2000, cuando nosotros, los que ahora oteamos el oscuro horizonte, hayamos abandonado este «brave new world», este mundo feliz, este mundo entre la ficción fantástica del consumismo y la tecnología y los perfiles lúgubremente apocalípticos de la profetizada catástrofe final de una Tierra agotada, envenenada, arrugada y sucia. Como la anciana gitana, paridora antaño, que vegeta a la vera del arroyo pestilente de Canillas, entre la turba gritadora y agitada de la prole tribal. ■ P. P.

